



EL BARCO
DE VAPOR

Mil escalones

Victoria Pérez Escrivá

Ilustraciones
de Gabriel Salvadó



Finalista
PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR

sm





EL BARCO
DE VAPOR

Mil escalones

Victoria Pérez Escrivá

Ilustraciones de Gabriel Salvadó



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Marta Mesa

© del texto: Victoria Pérez Escrivá, 2017
© de las ilustraciones: Gabriel Salvadó, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9776-9
Depósito legal: M-22309-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Dedicado a todos
los que se han marchado
demasiado pronto.
A Amparo y a José.
Con la convicción de que
nos encontraremos de nuevo.*

Amad el arte; entre todas las mentiras, es la menos mentirosa.

GUSTAVE FLAUBERT

Las huellas de las personas que caminaron juntas nunca se borran.

Proverbio árabe

El amor es vida.

PREFACIO

Tanatia rompió el papel en pedacitos muy muy pequeños. Lo hacía así cuando se enfurecía, y se enfurecía cuando un dibujo no le salía como ella lo había imaginado. En ese momento, Marcos abrió la puerta del dormitorio. Una corriente de aire frío arrastró los papeles por la ventana abierta, y durante un breve instante se arremolinaron en el aire y reconstruyeron la imagen ante la mirada atónita de Tanatia.

Segundos más tarde, se alejaron volando como un pequeño y errático tornado.

Tanatia se giró bruscamente hacia el niño y le miró furiosa, con ojos pequeños y brillantes como moras negras. Hoy era su día libre. El día en el que no tenía que cuidar del pequeño.

–¿Qué te he explicado sobre las puertas?

–Que están dormidas –recordó Marcos automáticamente.

–¿Y qué hay que hacer para despertarlas?

–Darles unos golpecitos.

–Exacto –puntualizó Tanatia–, darles unos golpecitos.

Marcos sopesó cuidadosamente estas palabras y volvió a cerrar la puerta. Dudó un poco antes de golpear con los nudillos de nuevo, y luego esperó.

-¿Qué quieres? -preguntó Tanatia mientras sacaba punta a sus lápices de colores.

-¿Puedo pasar? -preguntó Marcos.

-No.

-Pero he llamado a la puerta.

-¿Y te ha contestado?

-No.

-Entonces es que aún está dormida. Prueba más tarde -ordenó Tanatia abriendo su libreta de dibujo.

Si seguimos a los papelititos, veremos que ahora se elevan por encima de las copas de los árboles, cada vez más lejos de la casa en la que empieza esta historia. Esta mañana, el frío viento del norte juega con las hojas amarillas, los últimos pétalos de las flores y las bolsas de plástico que la gente descuidada tira al suelo.



Más allá, muy por encima de la ciudad, donde las nubes crean paisajes de hielo como icebergs y otras colosales figuras, el capitán Speedy otea el horizonte con su catalejo mientras camina con paso majestuoso por la cubierta de su barco alado. Él es un pirata aéreo. Así le gusta llamarse a sí mismo. De este modo puede ocultar su miedo al agua.

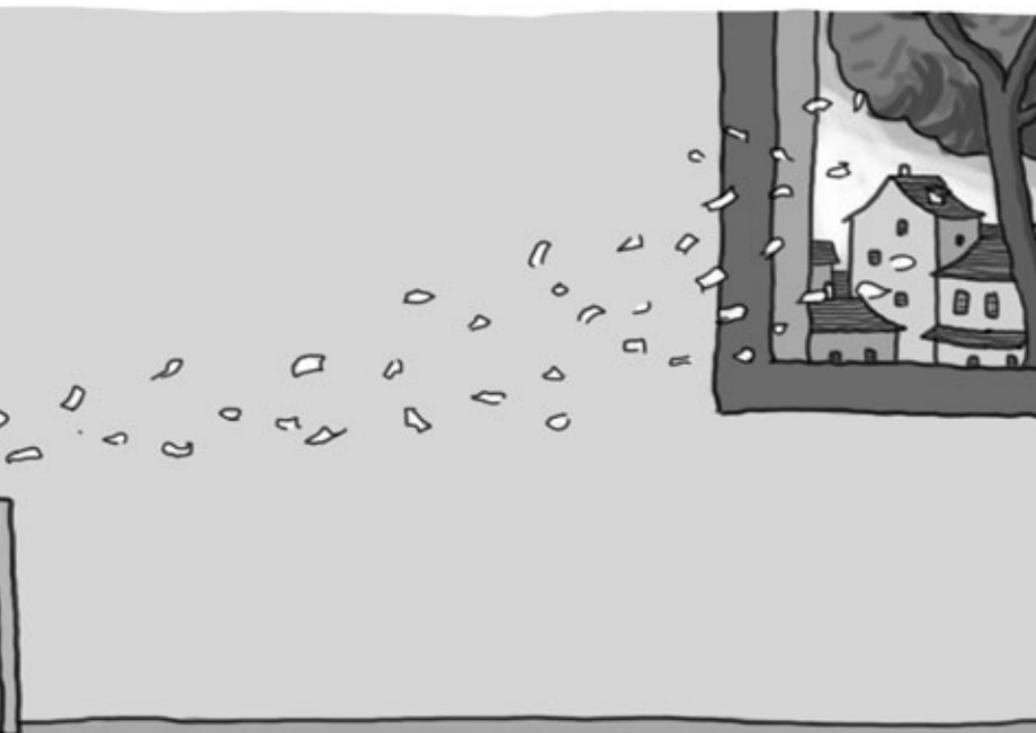
De pronto, algo llama su atención.

Se detiene,

pestañea

e intenta distinguir eso pequeño que se acerca volando al barco.

Los papelitos caen sobre él como una lluvia de confeti. Son de muchos colores, brillantes y luminosos. El capitán Speedy los recoge uno a uno, y después de valorarlos, los guarda en un bolsillo al que da unas palmaditas, como



haría sobre el lomo de un fiel perro guardián. Al capitán Speedy le gustan las cosas pequeñas y brillantes, como a todos los piratas.

Muchos kilómetros por debajo del capitán, Marcos deambula por la casa, mortalmente aburrido y con la inquietante sensación de que alguien le observa a lo lejos. Regresa a su dormitorio, se sienta sobre la moqueta azulada y abre un libro ilustrado con las letras del abecedario. Aún está aprendiendo a leer y le parece un asunto intrigante y mágico, aunque no tanto como los dibujos de Tanatia o los pasatiempos que le ha visto resolver en el periódico que compra a diario.

Tanatia cierra la ventana de su dormitorio y empieza un nuevo dibujo.

● 1

EN LA CIUDAD de A Lo Lejos había un puente de medio arco que cruzaba el río. Lo llamaban el Puente de las Ballenas y debía su nombre a una leyenda. Corría el rumor de que todas las noches, una larga y grave procesión de ballenas se deslizaba bajo él y daba forma a las piedras con el roce de sus lomos. Algunos aseguraban haber escuchado el sonido aflautado de los surtidores de agua, que avisaban de su paso por la ciudad. Era un sonido muy particular y recordaba al de muchos silbatos de diferente afinación sonando al mismo tiempo. Lo cierto es que nadie había visto jamás ninguna de esas ballenas, y sin embargo...

Todos creían esa historia.

Más allá del puente comenzaba una larga y estrecha avenida que atravesaba el corazón de la ciudad y lo dividía en dos. Se la conocía como la Avenida de los Olmos, y sin embargo estaba poblada de manzanos. Las manzanas caían durante el otoño, y los niños corrían jugando al balón con ellas. La gente decía que las manzanas de esos árboles te rejuvenecían, y aunque nadie había probado ninguna jamás...

Todos creían esa historia.

Si bajabas hasta el final de la Avenida de los Olmos, llegabas a un enorme parque. Tenía dos veces el tamaño de la ciudad y dentro de él había un lago, un laberinto, una plazoleta con columpios, una cueva profunda y un bosquecillo. Podría haber sido el parque con el que sueñan los niños, de no haber presentado un aspecto oscuro y amenazador desde primeras horas de la mañana. Estaba poblado de árboles grisáceos y tierra negra, y lo rodeaba un grueso muro de ladrillos envejecidos y tapiizados de hiedra, rematado por hierros que dirigían sus puntas hacia el cielo como flechas. Se llamaba el Parque de los Sonámbulos.

Ningún niño iba a ese parque, y todas las niñeras de la ciudad tenían prohibido visitarlo. Había una razón para esto: en el Parque de los Sonámbulos había un tobogán muy alto y muy peligroso.

Las niñeras aseguraban que era el tobogán más alto del mundo. Se podía ver desde cualquier punto de la ciudad. Colosal como un rascacielos y de color rojo, hundía su final en un cúmulo de nubes negras que lo coronaban constantemente, y en los meses de invierno, terribles tormentas se abatían sobre su cumbre descargando en ella truenos, rayos y relámpagos. Los rumores hablaban de un tobogán tan alto que tardabas la mitad de tu vida en llegar al final y gastabas la otra mitad en bajar, para regresar convertido en un anciano.

Las niñeras disfrutaban contando historias muy tristes sobre niños desobedientes que eran engullidos por el tobogán y desaparecían. Otros regresaban a sus

casas después de muchos años, envejecidos y con la memoria perdida.

Nadie había subido jamás al tobogán.

Pero todos creían esa historia...

Y por supuesto,

el parque estaba siempre vacío

porque nadie llevaba a los niños al Parque de los Sonámbulos.

Nadie, excepto Tanatia.